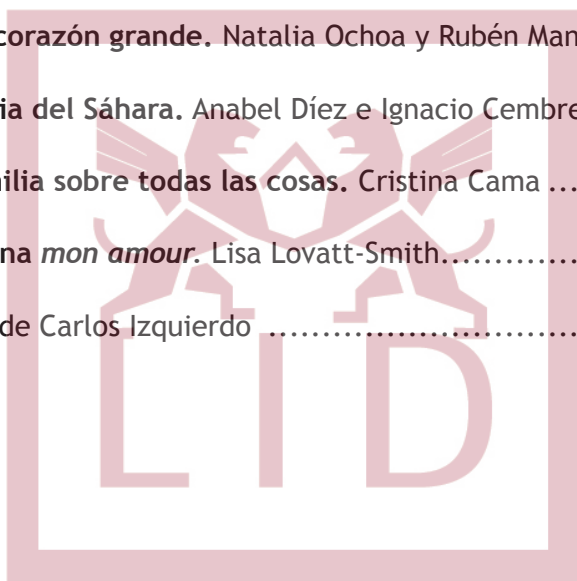


13	Más que una historia. Pilar Rahola.....	111
14	Historia de una pasión. Mar Sánchez	119
15	Ni un momento de felicidad. Eduardo Oliva	127
16	Hijos incomprensidos. Susana Ramos	135
17	Una adopción con boda. Juana Mary	143
18	No sólo amor. Montse Roca	149
19	Un corazón grande. Natalia Ochoa y Rubén Manso	159
20	Nadia del Sáhara. Anabel Díez e Ignacio Cembrero....	165
21	Familia sobre todas las cosas. Cristina Cama	173
22	Ghana <i>mon amour</i> . Lisa Lovatt-Smith.....	185
	Epílogo de Carlos Izquierdo	197



Si te das cuenta, es muy parecido a los intentos que muchas veces se hacen para tener un hijo biológico, por eso me atrevo a decirte que no hagas mucho caso a lo que te digan y que escuches a tu corazón, porque cada caso, cada proceso de adopción, igual que cada embarazo, es único y distinto a los demás. Por eso tu futuro pequeño será también especial e irrepetible en sí mismo.

Tú, si ya eres padreo madre, tienes un regalo que la vida te ha dado y, aunque te inquiete un poco la idea, eres ya el referente, el mejor regalo, el ídolo y el rey o reina de este cuento llamado vida para tu hijo o hija. Ese sol gigante que ilumina tu habitación desde la mañana y la estrella que guía tu camino y la sigues a ciegas, sin dudarle y con esa inercia que te empuja llamada amor puro e incondicional.

Seguro que ya no recuerdas cómo era tu vida antes de tener a tu hijo en casa. Seguro que ya no sabes ni quién eras hasta que tu hija te abrazó por primera vez iniciando así una etapa llena de respuestas. Y es que estaban allí, esperándonos y estábamos allí buscando al niño al que pertenecíamos por esas circunstancias de la vida que se llama casualidad, y que sabemos que no es tan casual. Al igual que creo que todo lo que sucede conviene, también creo que debemos estar preparados para entenderlo y recibir lo que sucede con todos los sentidos a flor de piel. Si no, nos perderemos las grandes verdades que nos regala la vida a través de nuestros hijos y, cómo no, de todo lo que nos rodea.

Yo entendí, y sigo convencida, de que lo que me llega en la vida debo celebrarlo porque hay algo que aprender de todo ello.

La adopción te regala vivencias insustituibles, lecciones de vida que emocionan y que seguro te sacarán una sonrisa, además de alguna que otra lágrima. Yo he tenido unas cuantas que te hacen tocar tierra y despiertan en ti sensaciones que no sabías ni que existían. Verás los «sustos de amor», como decía Gabriel García Márquez, que te llevarás cuando menos te lo esperas. Algo ciertamente bello.

Fue una de mis hijas la que me dijo con sus palabras que fue ella la que me adoptó a mí y que estábamos buscándonos la una a la otra hasta que la vida nos unió. Claro, ¿cómo no me había dado cuenta de ello antes? ¡Y mira que le he repetido en innumerables ocasiones «hija, tú no eres hija de tripita, eres hija de corazón y te he buscado por todo el mundo hasta encontrar ese latido de más que me ha llevado a ti»! Nunca dejas de sorprenderte. Ellos saben y sienten las verdades que van más allá de la lógica a la que estamos acostumbrados y hablan con el solo propósito de sentirse uno en ti. Porque el ser humano necesita saberse deseado y querido desde los inicios. Y nosotros les debemos mostrar lo importantes que han sido en nuestro camino hasta llegar a ellos, lo deseados que son y lo mucho que hemos luchado para tenerlos.

Alguien me dijo una vez que la adopción era cuestión de una grapa, haciendo alusión al momento en el que el expediente del menor y el de la familia adoptante se unían para siempre con esa pequeña pieza de metal tan diminuta pero, a la vez, tan importante y definitiva en la vida de ambos. A partir de ahí esa ilusión se convierte en una imagen en forma de foto, datos y tantas otras cosas más. Y ya nada separará tu pensamiento del niño con el que llevabas soñando y comienza otra andadura —a veces casi tan o más larga que la precedente— llena de emociones indescriptibles para la mayoría de los padres y madres que han vivido esta experiencia. Cada proceso es un «dar a luz» distinto, con sus complicaciones y sus momentos de respiración contenida. Y cada familia atraviesa su camino de manera única, como único es su caso, y bien lo saben las personas implicadas en ello. Cada «latido» que se escucha en forma de papel o llamada de la ECAI es un pasito adelante no exento de preguntas y dudas sobre cómo será y si nos querrá tanto como nosotros le quisimos antes de que existiera siquiera. Un «dar a luz» en el que descubres que el primer abrazo es fundamental, pero que queda mucho por hacer y que este regalo que está a punto de entrar en tu vida llega por algo. Por eso, no es sólo una cuestión de grapa; es un acto de responsabilidad tan grande que es doble o, incluso, triple, si se me permite la expresión. Un proceso de adopción es un compromiso con uno mismo, con lo que nos rodea y con un ser que nos enseñará en el camino, pero sobre todo —no lo olvidemos— es un acto de

compromiso con aquella familia que no pudo crecer junto a ese niño o niña por las circunstancias que sean. Esto es importante tenerlo claro para un futuro. Y, por eso, la adopción nos enseña, más que nada en la vida, la grandeza del ser humano y lo mucho que pueden abarcar los afectos, hasta formar eso que tanto anhelamos, llamado familia. Y no me refiero a la mal llamada «caridad», desde su expresión más equívoca del concepto de generosidad de la familia adoptante, sino en la globalidad de un sentimiento que está lejos de una pertenencia de consanguinidad y cerca del deseo de pertenecer a un clan plagado de afectos. Cuando un país entrega a un niño en adopción, casi siempre siente que se aleja de un ser muy querido y un miembro de su familia; también, por qué no decirlo, de sus raíces, del entorno que lo vio nacer y del que debería verle crecer. Muchas veces, es el último recurso que le queda a ese país para que su vulnerable infancia no sufra. Y eso le apena y duele, por no decir que le avergüenza en la dignidad que nunca pierde. Es por ello que muchos países de origen exigen a los países adoptantes un seguimiento de ese menor, como compromiso de que es el país de acogida el que se responsabiliza de que «su niño» viva como le gustaría que viviera si las circunstancias no fueran adversas.

Volviendo a la grapa –unión, en este caso, infinita y eterna cual fecundación embrionaria en una probeta de laboratorio–, es al mismo tiempo frágil y vulnerable. Cualquiera de los dos extremos de ese enganche a la vida, a los documentos que une, puede flaquear y soltarse, desprenderse por uno de los lados y hacer que pierda consistencia. No la perdamos, debemos ser constantes y conscientes de lo que tenemos. Sobre todo cuando llegue el momento de la adolescencia. Es entonces cuando nos empezamos a hacer preguntas e intentamos atar los cabos de nuestra vida. Necesitamos cuantas más piezas del puzle mejor, para encajar este mapa que dará sentido a nuestra razón de ser. No lo olvidemos, es entonces cuando los niños «vuelven a nacer» y cuando pueden recolocar datos y emociones para seguir adelante con certeza. Y ahí quería llegar cuando hablaba de la mal entendida idea de caridad que tienen algunas personas sobre la adopción. Me quema por dentro cada vez que alguien me dice

